



PHILIP HOARE

LEVIATÁN

O LA BALLENA

«Philip Hoare ha aprendido de Chatwin y de Sebald la libertad suprema de la escritura.»

Antonio Muñoz Molina

Premio, Samuel Johnson al mejor libro de No Ficción.

La obsesión de Philip Hoare por las ballenas empezó con una maqueta gigante de una ballena azul que vio de niño en el Museo de Historia Natural de Londres. Como adulto, ha ido al encuentro de las ballenas en libertad en las aguas del Atlántico. *Leviatán o la ballena* es el resultado de una vida dedicada a estudiar a esos titanes de las profundidades y a intentar comprender el secreto de la fascinación que ejercen sobre nosotros.

Adentrándose en los dominios de estas misteriosas criaturas, Hoare las muestra como nunca antes las hemos visto. El autor explora la tormentosa relación del hombre con las ballenas, visita legendarias zonas balleneras como New Bedford, Nantucket y las Azores, y traza una historia cultural de la ballena que va desde Jonás hasta *Liberad a Willy* y pasa por la obra de escritores como Hawthorne, Thoreau o, sobre todo, Herman Melville y su *Moby Dick*.

Este ensayo es una auténtica joya que combina historia, biología y literatura con un estilo tan cautivador que su embrujo perdurará en el lector mucho después de haberlo terminado.

Índice de contenido

Prólogo

I Profundidades

II El pasaje

III El cachalote

IV Una promulgación asquerosa

V Una tierra lejana

VI Órdenes selladas

VII El divino imán

VIII Muy parecido a una ballena

IX Del correcto uso de las ballenas

X La blancura de la ballena

XI La ballena melancólica

XII Guerra fría contra las ballenas

XIII La guardia de las ballenas

XIV Los confines de la Tierra

XV La caza

Bibliografía

[Créditos de las fotografías](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

A Theresa

*Allí Leviatán,
la mayor de las criaturas, en las profundidades
como un extenso promontorio duerme o nada,
y parece una isla en movimiento; y por sus aga-
llas recoge, y al respirar expulsa, todo un
océano.*

JOHN MILTON, *El paraíso perdido*, citado en la
portadilla de la primera edición inglesa de
Moby Dick

Prólogo

Me habías arrojado en lo más hondo,
en el corazón del mar,
una corriente me cercaba:
todas tus olas y tus crestas pasaban sobre mí.

JONÁS, 2:4

Quizá es porque casi nació bajo el agua.

Un día antes de que mi madre saliera de cuentas, ella y mi padre visitaron el muelle de la Armada en Portsmouth, donde les permitieron entrar en un submarino. Al bajar, mi madre empezó a sentir los dolores de parto. Por unos momentos dio la sensación de que yo iba a aparecer bajo la línea de flotación, pero acabé naciendo en nuestra casa victoriana semipareada de Southampton, que conservaba los cordones para hacer sonar las campanillas que llamaban al servicio y una oscura escalera de teca que se enroscaba sobre sí misma.

Siempre he temido las profundidades. Hasta la bañera me aterrizaba (aunque no era en absoluto un niño tímido) cuando pensaba en las historias que me contaba mi madre de su infancia y de cómo el abuelo había pintado una ballena en el exterior de su bañera esmaltada. Era una imagen que se cobijaba entre otros miedos y fascinaciones infantiles, lista para emerger de las profundidades como el pulpo gigante de la película *Veinte mil leguas de viaje submarino*; con su *Nautilus* de ojos saltones, los atusados mechones

rubios y la camiseta desgarrada de Kirk Douglas y sus buzos futuristas que caminaban por el fondo del océano como quien pasea por la playa.

Pensaba, también, en mi juguete de playa favorito —un buzo gris de plástico que se hundía en el agua unido a un fino tubo rojo por el que había que soplar para hacerlo subir a la superficie con un hilo de pequeñas burbujas plateadas— que también me recordaba a aquellos exploradores desconocidos del siglo XIX que se enfundaban cascos sin rostro, monos recauchutados y calzaban botas de plomo. Y en mi enciclopedia infantil leí sobre el batiscafo presurizado, una celda como un pulmón de acero dentro de la cual unos hombres habían descendido a la fosa de las Marianas, donde los translúcidos peces abisales seducen a sus presas con unos apéndices luminosos que cuelgan frente a sus diabólicas fauces abiertas. Me daban tanto miedo estos monstruos, que no me atrevía ni a tocar las páginas en las que estaban impresas sus imágenes y tenía que pasarlas tirando cuidadosamente de las esquinas del papel.



Los baños municipales de Southampton, con su techo verdín y sus ventanales, eran un lugar de exposición pública y tortura semanal durante nuestras visitas con la escuela. Después de que nos ordenaran desnudarnos, lo que dejaba al descubierto nuestra piel de gallina y, en los chicos mayores, un incipiente vello oscuro, aguardábamos de pie

sobre unas baldosas que, según me habían dicho, podían contener todo tipo de enfermedades, temblando en nuestros bañadores mal ajustados. Sin prisas, entrábamos en la sala de la piscina, donde el tenue sol invernal lanzaba débiles rayos sobre el techo, y formábamos una fila para zambullirnos en la parte profunda, acatando las órdenes de nuestro profesor de educación física, un hombre de cabello hirsuto y silbato imperioso colgado al cuello.

Una vez en el agua, nos mandaban agarrarnos al pasamanos y patalear. Con las yemas de los dedos amoratadas a causa del frío y de mi tenaz forma de aferrar la barra, generaba, al parecer, suficiente espuma como para justificar mi esfuerzo, pero me costaba mucho ocultar mi ineptitud. Luego nos daban un flotador de poliestireno, deshecho en los bordes como pan rancio, y nos mandaban nadar hasta el otro extremo. Para mí la otra punta de la piscina era tan inalcanzable como Australia y yo tenía tantas probabilidades de conseguir la recompensa por tal hazaña —un galón para coser al bañador— como de ganar una medalla en los juegos olímpicos.

Nunca aprendí a nadar. Las órdenes que ladraba el profesor se combinaban con el miedo que me daba irme al fondo embaldosado a reunirme con las tiritas usadas y las bolas de pelo y me creaban una ansiedad insuperable. De alguna forma, llegué a asociar las piscinas no con experiencias placenteras, sino con instituciones, hospitales, reclutamientos militares y guerras, en definitiva, con que me ordenaran hacer cosas que no quería hacer. En la playa, cuando mis amigos se lanzaban corriendo al mar, me inventaba excusas y fingía estar resfriado. Durante toda mi infancia y juventud conviví con esta discapacidad e incluso llegué a estar orgulloso de ella, como si fuera una virtud.

No fue hasta mucho después, cuando ya vivía solo en Londres e iba por la mitad de la veintena, que me propuse aprender a nadar. En una fría piscina del East End construida en el periodo de entreguerras descubrí que el agua po-

día sostener mi cuerpo. Comprendí lo que me había estado perdiendo: la sensación de ingravidez. No era cuestión de hacer deporte, era la idea de ir a donde cubría y permitir que algo externo sustentase mi presencia física en el mundo; de formar parte de ello y permanecer, al mismo tiempo al margen. En cierta forma, fue una reinención consciente, una forma de enfrentarme a mis miedos.

Para el poeta Algernon Swinburne, el mar era un vicio sensual que reveló en su única novela, *Lesbia Brandon*, ambientada en la casa en la que había pasado su infancia en la costa sur de la isla de Wight, con sus espectaculares acantilados que dominan las aguas del canal de la Mancha. En el libro, que no se publicó hasta 1950, cuarenta años después de la muerte de Swinburne, el joven héroe, Herbert, aprende a amar el agua: «todos los sonidos del mar resonaban en él, y todos sus aires y luces respiraban sobre él y le iluminaban: se mareaba cuando estaba en tierra firme, lejos del mar, y cerca de él se sentía el doble de vivo». Incluso desafía a las olas «como una joven bestia marina... apretándose contra sus senos suaves y salvajes y luchando contra sus demoleadores abrazos; forcejeando con ellas como un amante con otro».

Swinburne, hijo de un almirante, tenía una pintoresca playa en la que nadar; yo crecí en un barrio al otro lado del estrecho de Solent, un lugar de muelles de carga, grúas y astilleros, cerca de los cuales mi padre trabajaba en una fábrica comprobando el funcionamiento de los enormes cables de telecomunicaciones que recorrían el lecho del Atlántico, amarrando Inglaterra a América. Desde mi pequeño dormitorio ciego al fondo de la casa, se oían las sirenas de los barcos las mañanas de niebla; por la noche, las dragadoras martilleaban excavando una ruta para los grandes transatlánticos y cargueros que navegan por la bahía de Southampton. Aquí el mar significa comercio, no recreo. El puerto, más que un lugar en sí, es ajetreo, zona de paso. Aquí todo se orienta hacia el agua —incluso el nombre de

la zona en que yo vivía, Sholing, era una deformación de la expresión «*shore land*» [orilla]— pero, al mismo tiempo, la ciudad parecía ignorarla, como si ella y el elemento que era la razón de su existencia fueran dos entidades totalmente separadas.

Ahora pienso en el agua de forma distinta. Nado en el mar siempre que puedo. Siento claustrofobia si me alejo demasiado del agua; en verano y en invierno planifico el día según las mareas. Sentado en la playa, me gusta ver como los transbordadores se adelantan unos a otros, uniendo por un instante sus superestructuras antes de separarse de nuevo, atrapados entre alguna y ninguna parte. Braceando en las mismas aguas que tanto excitaron al poeta pelirrojo y que sustentaron su cuerpo pecoso y pálido, floto boca arriba, al mismo nivel que la tierra, y dejo que las olas pasen sobre mí como un edredón. Libre de preocupaciones, sin nadie que me observe, entre las cálidas aguas de finales de agosto o en los mares gélidos y agitados de diciembre, floto, suspendido en el agua, y miro alejarse el mundo junto con mi ropa en la playa.

A veces, algo gelatinoso me roza la pierna: una de las sepias que suelen ser arrastradas a la playa, donde su piel moteada, su pico duro como el de un loro y sus gelatinosos tentáculos se pudren y disuelven para revelar el hueso blanco como la tiza que hay debajo. En ocasiones, siento una fuerte picadura tras encontrarme con una medusa. Sin embargo, sigo yendo a donde cubre, donde nadie puede encontrarme, donde se sumergen los charranes y los cormoranes se balancean sobre el agua y donde ignoro lo que hay debajo de mí. Sueño con cuerpos bajo el agua, velados pero animados, como la mujer ahogada en el lago en *La noche del cazador* o el tiburón que vi una vez en una cala de Cornualles desde la cima de un acantilado. La forma en que el agua revela y oculta a la vez sigue perturbándome. Es una amante engañosa y despiadada.

Piensen ustedes en la astucia del mar: sus criaturas más terribles se deslizan bajo el agua, sin mostrarse casi nunca, pérfidamente ocultas bajo los matices del azul más seductor.

Brit, *Moby Dick*

Las ciudades y las civilizaciones vienen y van, pero el mar siempre es el mar. «No asociamos la idea de la antigüedad con el mar, ni nos preguntamos qué aspecto tenía hace mil años, como sí hacemos con la tierra, porque siempre ha sido igual de inescrutable», escribió el filósofo Henry David Thoreau. «El océano es una área salvaje que envuelve el globo, mayor que la jungla de Bengala y más llena de monstruos, y que baña los muelles de nuestras ciudades y alcanza hasta los jardines de nuestras casas en la costa.»

El mar es el gran desconocido, el último territorio por descubrir, a pesar de abarcar tres cuartas partes de la superficie de la Tierra. Sus organismos más pequeños nos sustentan porque nos aportan la mitad del oxígeno que respiramos. Sus mareas y sus costas determinan nuestros movimientos y el trazado de nuestras fronteras con mucha más fuerza que cualquier tratado o gobierno. Sin embargo, cuando volamos sobre sus llanuras, pensamos en él —si es que le dedicamos algún pensamiento— meramente como en una distancia que hay que salvar. En nuestra arrogancia, consideramos que hemos domesticado al océano igual que hemos conquistado la tierra.

... el hombre ha perdido la sensación de tremenda ferocidad que pertenece al mar desde sus orígenes [...] Sí, oh necios mortales, el diluvio de Noé aún no ha remitido: sus aguas todavía cubren dos tercios de este mundo.

Brit, *Moby Dick*

Una vez visto, es imposible olvidarlo, y si no lo has visto, es imposible describirlo. Siempre tengo el mar en la cabeza, es el medio por el cual me oriento en la tierra, incluso

en Red Cloud, Nebraska, donde en una ocasión hice cola una calurosa tarde para nadar en una piscina pública, un gran agujero azul excavado en medio de las Grandes Llanuras. Era el lugar más distinto del mar en el que había estado nunca, pero al mismo tiempo lo recordaba. La absoluta y completa ausencia del mar hacia aún más potente su existencia.

A los despistados, el agua les puede parecer la misma todos los días pero, si se observa con atención, se convierte en un drama interminable, hecho de un millón de detalles o grandes gestos, que se despliega desde la orilla hasta alta mar. Es un espectáculo natural capaz de elevarse decenas de metros en el aire o de permanecer liso como un cristalino estanque, reflejando tan perfectamente cuanto hay sobre él que parecería que no está ahí y que el cielo se une sin costuras a la tierra. Con sus crecidas y sus crestas, es capaz de renovarse a sí mismo y perpetuarse sin fin, puede arrebatarse con la misma facilidad con la que da. Es tan castigador como generoso. En ocasiones, parece un ser vivo, un organismo inmenso que todo lo abarca y a través del cual existe el mundo y, sin embargo, vemos muy poco de él durante nuestra vida cotidiana: un escorzo desde el coche o un avión, una fracción minúscula, incluso siendo nosotros también infinitesimales, meros granos de arena. Cuando me detengo con mi bicicleta sobre el rompeolas y miro hacia el agua, tranquila y gris, cualquier tarde de otoño, es incluso más descabellado imaginar que su silenciosa superficie fue en tiempos quebrada por criaturas gigantes.

En la bahía de Southampton se han capturado ballenas y orcas en muy raras ocasiones pero, cuando se ha hecho, se ha dispuesto lo necesario para que fueran contempladas por los turistas. Pequeños grupos de marsopas aparecen regularmente en el estuario y el visitante de los condados de tierra adentro, mientras pasea por los muelles y la plataforma, puede llevarse la agradable sorpresa de ver, a muy poca distancia de la costa, a muchos de esos singulares peces dan-

do saltos y giros sobre la superficie del agua para luego desaparecer y alzarse de nuevo en otro punto y reemprender sus extraños juegos.

PHILIP BRANNON, *The Picture of Southampton*, 1850

A principios de la década de 1970 fuimos toda la familia al Windsor Safari Park, donde la atracción estrella era una ballena asesina. Mi hermana pequeña, a la que las ballenas le gustaban todavía más que a mí, tenía un folleto a color que, casi pidiendo disculpas, se titulaba:

Los delfines pueden ser fascinantes
en Windsor Safari Park.

En la cubierta aparecía un sonriente *Flipper*, en la contra un anuncio de cigarrillos Embassy Regal que, según se nos informaba, tenían un «valor extraordinario».

«Le divertirán y maravillarán —seguía diciendo el folleto—, algunos hechos y datos que tal vez contribuyan a aumentar sus conocimientos y que harán que disfrute más de la actuación. Puede que también desee hacer algunas fotos: ¡tome cuantas quiera!»

Tras unas cuantas fotografías de animales repantigados en la piscina como participantes en un certamen de belleza o dando piruetas en el aire como acróbatas, un nuevo actor aparece en el programa:

«Crece a un ritmo de treinta centímetros al año —léimos, un hecho que acarrea obligadas consecuencias, incluso teniendo en cuenta la enorme piscina que teníamos ante nosotros— y con solo cuatro años y medio ya mide cuatro metros y ochenta centímetros, pesa una tonelada, y come entre 35 y 45 kilos de arenque al día.»

Fue capturada especialmente para el Windsor Safari Park frente a la costa de América del Norte en 1970 y trasladada a Londres en un Boeing 707 dentro de un contenedor especial que permitía rociarla constantemente con agua, para

mantenerla así fresca y mojada. Al final, con la ayuda de un camión y varias grúas, llegó a la piscina de adiestramiento de delfines y poco después estuvo lista para empezar su adiestramiento.



No sabía entonces, como sé ahora, que las ballenas que son capturadas se niegan a comer y hay que alimentarlas a la fuerza hasta que cambian de actitud. Lo que me interesaba entonces era el espectáculo que estaba a punto de desarrollarse ante mis ojos.

No recuerdo cómo fue la entrada de Ramu (aunque mis hermanas sí), pero cuando apareció, aquella elegante y poderosa criatura con sus lustrosas manchas negras y blancas, pareció que su brillante piel hubiera sido blanqueada por el cloro que mantenía el agua de la piscina de color azul turquesa, una pálida y burlona imitación del océano que existía lejos de aquella prisión zoológica.

La ballena ejecutó su rutina, y respondió a las órdenes del adiestrador como si fuera un perrito faldero. Cada vez que saltaba en el aire y volvía al agua con una enorme salpicadura —empapando al apasionado público de las gradas que rodeaban aquel circo de orcas— era como si su cautividad la venciera, incluso cuando su aleta dorsal se desplomaba impotente sobre su espalda.

«Aquí, en su piscina en Windsor», nos garantizaba el folleto, los artistas «vivirán muchos más años que en el mar, para deleite y diversión de sus visitantes.» En menos de